

Reflexión en torno al sentido actual de una educación desactualizada: una motivación monetaria.

Norvey Alexander Sánchez Velásquez¹

Introducción

La pregunta sobre el sentido, frecuentemente ronda la cabeza del psicólogo educativo que tiene frente a sí una comunidad de estudiantes sin motivación por educarse. Que hay detrás de la renuencia, más allá de procesos transicionales (adolescencia), de una búsqueda de identidad, de los fenómenos de grupo en donde hay fuertes influencias –a menudo hacia la tan temida indisciplina-, para qué estudian los estudiantes, para qué quieren los padres que estudien sus hijos, para qué enseñan los docentes. Cuál es la motivación, el sentido que subyace al escenario cotidiano de las madrugadas, los timbres que suenan, los cambios de clase, las risas y el “desorden”, las siluetas adultas femeninas y masculinas cargando cartillas, documentos, tizas, marcadores y, no pocas veces, rostros de preocupación.

Para acariciar siquiera una respuesta resulta necesaria una labor de rastreo. Tal vez un poco de historia y de las representaciones que envuelven el contexto educativo, respecto al objetivo de la educación, puedan ayudar. Esto, en el marco de una reflexión cuya intención no es más que tramitar, de alguna forma, una preocupación generalizada a propósito del porvenir de las nuevas generaciones, de sus posibilidades actuales y, sobretodo, de la coherencia entre todo ello y la educación que reciben.

¹ Psicólogo Practicante, Universidad de Antioquia

I. Sistema educativo

Alvin Toffler (1980), enlaza “con cadenas” el origen del sistema educativo que consumimos hoy, con los intereses que surgieron vehiculizados con la llamada *era industrial* (o segunda ola, según Toffler). Una economía que llegó, como muchos cambios en la historia de la vida, de forma agresiva, tomando a muchos desprevenidos y forzando a una adaptación urgente, comenzaba a clavar sus cimientos en la historia del hombre. Hasta ese momento, parece ser que el conocimiento (en términos de consenso social) pasa, de alternativa sometida a la libre elección, a situación obligatoria bajo la forma de educación. Comienza a hablarse de sistemas, producción, consumo... y se levantan procesos e instituciones con el ánimo de *estandarizar* temas de vital importancia, para la salud de la lógica económica naciente que imperaría durante los siguientes doscientos años. Entre estas instituciones *estandarizadoras* se configuró la estructura de “la educación general” que hoy nos acompaña (Toffler, 1980).

La educación general se concibe a partir del modelo de la fábrica. Toffler, además, distingue dentro de su estructura una intención explícita y otra implícita, o un programa descubierto y otro encubierto, respectivamente. La intención explícita apunta hacia la enseñanza de los fundamentos del lenguaje, las matemáticas, la historia y otras asignaturas. La intención implícita se orientaba hacia el *adiestramiento* temprano de seres humanos, para asumir sin problemas el destino que, desde la figura de la fábrica, ya estaba sentenciado para la mayoría de la población: ser empleados.

Así, las instituciones educativas aunaban esfuerzos para formar “personas de bien”, entendiéndose esto como aquellos individuos que, además de haber aprobado las materias del programa descubierto, hayan pasado también las

materias del programa encubierto. Esto es, la puntualidad, la obediencia y el trabajo mecánico y repetitivo (un golpe bajo a la capacidad creativa).

“El trabajo de la fábrica exigía obreros que llegasen a la hora, especialmente peones de cadenas de producción. Exigía trabajadores que aceptasen sin discusión órdenes emanadas de una jerarquía directiva. Y exigía hombres y mujeres preparados para trabajar como esclavos en máquinas o en oficinas, realizando operaciones brutalmente repetitivas” (Toffler, 1980).

Actualmente, poco de esto ha cambiado. Ya mucho se ha expresado, desde muchas direcciones, respecto al papel de servilismo que las instituciones educativas asumen frente los intereses de “los dueños del negocio”. El interés principal de quienes están con la sartén por el mango, es adquirir riqueza. Las mismas escuelas y colegios parecen verse salpicadas por este interés, perfilándose desde sus líderes, tendiendo a dejar de lado posturas críticas frente a su qué hacer, hacia una motivación fundamentalmente de negocio.

Por otro lado, son realmente muy pobres los aportes que se hacen desde los espacios formales de educación, respecto al conocimiento y las competencias que los estudiantes necesitan para hacer frente a la realidad económica actual que, entre otras cosas, desconocen (Denegri, Gempp, Del Valle, Etchebarne y González, 2006). Todavía no se implementado de manera seria y rigurosa un programa de alfabetización económica.

Con la poca información hasta aquí expuesta, se podría aceptar que, en resumen, la educación, o mejor, el sistema educativo que hoy consumimos, nació para educar a la mayor parte de la población para ser empleada, esto es, trabajar para una industria que comprará el tiempo y mano de obra –calificada o no- de las personas,

exigiéndoles puntualidad, obediencia y la aceptación de una rutina perenne que se ofrece como “sentido de vida”.

II. Representaciones frente a la educación

No fue muy difícil encontrar el sentido real que recae sobre la educación desde las posiciones de estudiante y padre de familia: Al enunciar la pregunta ¿para qué estudias?, 57 de 60 estudiantes (95%) respondían “para salir adelante” o “para ser alguien en la vida”. Al preguntarle a los padres de familia ¿para qué quiere que su(s) hijo(s) estudie(n)?, el 100% respondían “para que pueda salir adelante” o “para que sea alguien en la vida”. Respuestas automatizadas.

Al profundizar un poco más en las respuestas, se encuentra que, tanto ese “salir adelante” como ese “ser alguien en la vida”, tienen un objetivo común: “tener plata”. Aquí comienzan a esclarecerse algunos aspectos referentes al sentido, a la motivación que mantiene (o mantuvo) una comunidad educativa enfocada en la labor de la enseñanza y el aprendizaje. Y es que, si el sentido último de las madrugadas, los timbres que suenan, los cambios de clase, las risas y el “desorden”, las siluetas adultas femeninas y masculinas cargando cartillas, documentos, etc... es tener plata (porque hace muchos años la educación era garantía de prosperidad, era una promesa cumplida, pero actualmente no hay tal garantía), entonces hay serios problemas.

Hay problemas. Porque el sistema educativo actual fue concebido para dar respuesta a los intereses de una era económica que ya no existe. Las disonancias cognitivas no se hacen esperar cuando se sabe de profesionales que confiaron en aquella promesa de la educación, y hoy están frustrados, haciendo lo que no quieren, sin sueños y sin control sobre sus vidas.

Frente al establecimiento de una nueva era económica (La Era de la Información), que, como las otras eras, llegó tras la invención de nuevas herramientas que forman parte ya del patrimonio más importante de la humanidad, no cabe duda que la forma de acceder al dinero, a los recursos, al bienestar ha cambiado.

“Contra la idea de que las nuevas tecnologías deshumanizan o alienan a los estudiantes es necesario explicitar la capacidad que tienen para ampliar el acceso de las mayorías a una educación de calidad y la posibilidad que tienen de dignificar la vida humana” (Ramírez, 2007).

Por ende, si hay un sistema educativo desactualizado, sus consumidores –que no son tontos- no estarán muy motivados en las aulas. Mientras la educación no se conciba como un fin en sí misma, mientras el sentido de la educación sea encarnar un medio para el fin de “tener plata”, la motivación de los estudiantes será directamente proporcional a las posibilidades y garantías *reales*, que dicha educación ofrezca para materializar los sueños de quienes accedan a ella.

Referencias bibliográficas:

- Denegri, M., Gempp, R., Del Valle, C., Etchebarne, S. y González, Y. (2006). El aporte de la psicología educacional a las propuestas de educación económica: los temas claves. *Revista de Psicología*. XV, (002), 77-94.
Disponible: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/264/26415205.pdf>
- Kiyosaki, R. (1997). *Padre Rico, Padre Pobre. Qué les enseñan los ricos a sus hijos acerca del dinero, que las clases media y pobre no.*
- Ramírez, E. (2007). La educación mediada por las NTIC's Dilemas pedagógicos. En Editorial el Búho Ltda (Eds), *La Pedagogía Frente a la Realidad Colombiana.*

Toffler, A. (1980). *La Tercera Ola*. Bogotá. Ediciones Nacionales Círculo de Lectores Edinal Ltda.